

# Los destrozos de Bush

Joan Oleza - Universidad de Valencia



Portada PAPEL



Pulse aquí para ver la portada del día en PDF



Con su imagen acicalada, recién salida de la peluquería y del gabinete de maquillaje, y ese tono de voz pulido por los asesores de imagen, el presidente Bush ha irrumpido en la política internacional como un elefante en una cacharrería, dejando a su paso un montón de destrozos, a cual más grave.

El primero, el más lamentable de todos, está todavía por llegar, pero no tardará mucho, y se contará por muertos civiles asesinados impunemente por orden de quien se llama su libertador.

El segundo es la legalidad internacional, penosamente construida desde el final de la Segunda Guerra Mundial, y encarnada por las Naciones Unidas y, más recientemente, por el Tribunal Penal Internacional que Bush no quiso reconocer. El derecho que se ha autoconcedido el país más poderoso del mundo a la guerra preventiva contra sus futuribles enemigos, así como a formar alianzas bélicas al margen de las Naciones Unidas, y a desencadenar el ataque cuándo y cómo le convenga, dejan muy tocado el principio de una legalidad internacional asegurada por el acuerdo de la mayoría de las naciones. Ya desde el mismo inicio de los debates Bush lo planteó con toda claridad: o las Naciones Unidas secundan la iniciativa norteamericana o perderán no sólo su credibilidad, sino lo que es todavía peor, su utilidad, serán por tanto prescindibles. Y así se ha consumado: el último informe de los inspectores al Consejo de Seguridad, ya después de la cumbre de las Azores, hubiera dado risa si no hubiera sido porque todavía daba más pena. Un país que se ha hartado de vetar todas las resoluciones del Consejo de Seguridad que trataban de llamar al orden a los violentos gobiernos israelitas, ha preferido prescindir del Consejo de Seguridad antes que correr el riesgo de que otros vetaran sus propuestas. O jugáis en mi equipo, o no servís ni de suplentes. Este ha sido el mensaje.

El tercer destrozo es, desde luego, el ocasionado en Europa. El sueño de una Europa unida desde el euro a la política común de defensa, pasando por la cultura, ha saltado hecho pedazos, y no va a ser nada fácil recomponerlo, ni siquiera como moderada ilusión. Toda una serie de gobiernos europeos han preferido la lealtad hacia Bush a la lealtad hacia su compromiso común.

Acceso rápido a secciones

Opinión

Suscripción a titulares

## SERVICIOS

- Encuestas
- Foro
- El buscador
- Documentos  **NUEVO**
- Mi correo
- Buzón
- El tiempo
- Tarifas publicidad
- Loterías y quiniela
- Cartelera

Atención al LECTOR

RECOMENDAMOS



Aquí su publicidad

Aquí su publicidad

Aquí su publicidad



Inst. Nac del Consumo

Finanzas

Bolsa

Web optimizada para una resolución de pantalla de

Europa ha sido puesta entre paréntesis, y sus resoluciones neutralizadas en acuerdos retóricamente vacíos, por quienes querían secundar, a toda costa, la política del Imperio. Y no sólo Gran Bretaña, aliada natural de los USA y que siempre ha mirado con recelo lo que venía del continente, o España, que con un oportunismo indigno busca la palmadita del Emperador en la espalda y la recompensa de un papel de reparto en la política internacional: también países tan tradicionalmente civilizados, ecologistas y antibelicistas, como Holanda o Dinamarca, han visto como sus gobiernos se alineaban con la gran potencia atlántica. A partir de ahora Europa se delinea en dos bloques, con el grave peligro de que los candidatos a integrarse rompan el equilibrio actual de fuerzas en beneficio del sometimiento a la política de Estados Unidos: Polonia, Bulgaria, Chequia, Eslovaquia, Hungría, Rumanía, Estonia, Letonia y Lituania han mostrado su mayor inclinación a aceptar las consignas norteamericanas que a esperar los acuerdos europeos. ¿Cómo afrontar por parte de Alemania o de Francia, a partir de ahora, la ampliación de la Unión Europea? ¿Cómo plantearse los órganos de decisión, de representación o de gestión? Europa, dividida en dos, se juega en el inmediato futuro su identidad independiente del padrino americano.

¿Y qué decir de Rusia, rodeada por guarniciones militares norteamericanas en las repúblicas asiáticas, instaladas primero en torno a Afganistán, y ahora en torno a Iraq, y por gobiernos que como los de la antigua Europa del Este o los de Azerbaiyán, Georgia o Uzbekistán apoyan la intervención militar en Iraq, país en el que se concentran intereses vitales de Rusia?

No es menor el destrozo causado en España, cuya política internacional, trabajada desde la época de la UCD y de la salida de la dictadura, a pesar de la vocación militar atlantista, tenía una prioridad europea, y dos apoyos substanciales en la cooperación con los países latinoamericanos y con los países árabes. Méjico y Chile han dado una lección de dignidad política, pese a las brutales presiones a que deben haber sido sometidos. Pero la imagen que tantos países latinoamericanos tenían de una España que ha recuperado en los últimos veinticinco años junto con la democracia un papel propio en el orden internacional, ligado a los valores culturales europeos, y capaz de compensar al menos en parte la dominación USA del área, se ha echado a perder, y no sin cierta sensación de ridículo. En cuanto a los países árabes, y sobre todo a Marruecos, es posible que el nuevo papel de aliado-protegido de los Estados Unidos nos preserve de algunas iniciativas hostiles, pero el precio a pagar es el de haber ingresado, para las mayorías civiles musulmanas, en el odiado club de los países enemigos del Islam. La aspiración a una mediación en Palestina

800x600 puntos a 256 colores.

Compatible con versiones de navegador de tipo 4.X Netscape-Explorer.

Publicación electrónica generada con sistema editorial Net-Publisher 2.0

ya no podrá ser contemplada de la misma manera.

Ni es menor el destrozo sobre el pueblo palestino, más indefenso todavía, si cabe, bajo las excavadoras asesinas de Sharon. Y se abre el interrogante dramático de la nación kurda, sobre cuyos castigados pedazos vela muy de cerca Turquía, por lo pronto.

Ni es menor el destrozo en los planes mundiales de desarme. Va a ser muy difícil, después de la experiencia de estos meses en Iraq, convencer a alguien para que se desarme. Estados Unidos casi consigue la cuadratura del círculo: lograr que todo el mundo obligue al enemigo a desarmarse, para después atacarlo con mayor facilidad. Cuando uno escucha a Bush, a Blair, a Aznar, clamar contra el peligro de las armas de destrucción masiva en poder de Iraq, no puede menos de escuchar el mensaje secreto que, al mismo tiempo, están comunicando: las armas de destrucción masiva sólo pueden estar en manos del Imperio, que es el único que sabe potenciarlas, desarrollarlas, administrarlas y repartirlas (como cuando repartió armas químicas a Sadam Hussein para luchar contra los ayatoláhs) correctamente. Iraq fue obligado a destruir los misiles que sobrepasaban los 150 kilómetros de alcance, pero Estados Unidos está atacando con los Tomahawk que tienen un alcance de 1.500 kilómetros. Corea del Norte e Irán, dos países que Bush acusó de formar parte del eje del mal, ya han mostrado su interés por reanudar sus programas nucleares, pero ¿cómo van a reaccionar ante esta lección países como China, o Rusia? Incluso países tradicionalmente amigos del padrino norteamericano, pero dotados de poder nuclear, como Francia, tendrán que reconsiderar su política de armamento.

Pero los destrozos no sólo se amontonan en la política internacional, también en la cultura democrática, en la que han resultado muy dañadas ilusiones como la de un nuevo orden internacional multilateral, la de una cultura del desarme, o la de la fiabilidad del lenguaje político. ¿Cómo creer en las palabras de un dirigente que llama a cumplir la legalidad internacional o a prohibir las armas de destrucción masiva, mediante una guerra declarada ilegalmente y realizada con armas de destrucción masiva? Desde el principio de esta terrible farsa, los contendientes han puesto en juego una retórica mentirosa: la de Sadam criminalmente fanfarrona, la de Bush-Aznar-Blair, la nueva triple alianza, oportunista y demagógica: tan pronto el objetivo era desarmar a Iraq como, cuando el trabajo de los inspectores se mostró eficaz, lo que en verdad importaba era destituir a Sadam Hussein; tan pronto se trataba de conseguir por encima de todo un acuerdo de las Naciones Unidas como de no necesitarlo. También la credibilidad de las debilitadas ideologías políticas de las sociedades del bienestar ha salido

seriamente dañada: en Europa, a los dos bloques no los separa ya la tradicional división de izquierda y derecha; el laborismo de Blair va de la mano del conservadurismo de Aznar, mientras que al otro lado forman bloque los socialdemócratas alemanes y los conservadores franceses. El Papa, uno de los papas más conservadores en materia religiosa e ideológica, se ha convertido en el abanderado de la resistencia contra el Imperio, y en una referencia incuestionable de valor ético.

En cuanto al amigo americano, aquel que luchó junto a Europa para detener al nazismo, y que después ayudó a reconstruirla, se ha convertido en verdad en un amigo imposible. ¿Cómo ser amigo de quien no puede ser de ninguna manera tu igual? Aunque la moneda y el bienestar económico, aunque el mercado y el consumo tiendan a homogeneizar el mundo, el poder y la tecnología militares son atributos casi exclusivos de un solo país. La guerra misma, como posibilidad o como baza para la presión, se convierte en inviable. Y además, este país no sólo posee un poder militar indiscutible, sino que ha proclamado ya la doctrina de su derecho particular a la guerra, y la ha puesto en práctica. En estas circunstancias los amigos pierden la garantía de que van a ser obligatoriamente escuchados, o de que van a poder ejercer sus críticas para modificar comportamientos, o de que tienen la capacidad de compartir por igual las decisiones. Los amigos se transforman, como Blair y como Aznar, en vasallos, hacia los cuales el señor está obligado a deferencia y protección, pero a nada más.

El penúltimo, y desde luego no el menor de los destrozos, es el retorno de nuestra conciencia de ciudadanos libres de un país libre, al temor. El temor se ha instalado de nuevo entre nosotros. Él lo teníamos casi olvidado, desde la dictadura. En un mundo en el que la tecnología somete a una vigilancia masiva nuestras comunicaciones o nuestras operaciones bancarias, en el que el poder puede conducir a sus rehenes a prisiones extralegales (como la de Guantánamo), o en la que cualquiera de nosotros podría ser acusado cualquier día, por indicios puramente externos, de colaborar con Al Qaeda o con cualquier otro de los fantasmas de un terrorismo internacional que recorre el mundo.

También contra este temor habrá que aprender a luchar